
La cuestión de la telepatía, descoloca al analista



Gloria Leff reside en Ciudad de México, donde practica el psicoanálisis. Ha publicado *Juntos en la chimenea. La contratransferencia, las “mujeres analistas” y Lacan* (Epee, 2007) y *Freud atormentado. Errancias con Elfriede Hirschfeld* (Epee, 2016). A propósito de este último trabajo es la charla que mantuvimos con ella a principios de agosto y que a continuación se transcribe.

Gloria Leff: ¿Por dónde comenzamos?

Gustavo Castellano: Comencemos por el principio, la tapa del libro.

G.L.: Primero quiero decirles que les agradezco mucho su interés en el libro.

G.C.: A nosotros nos interesa tu trabajo, nos gustó muchísimo *Juntos en la chimenea*, y éste. Nos parece que están ligados, hay preguntas que se repiten en los dos libros. Nosotros agradecemos tu trabajo.

G.L.: Qué bueno que encontramos la ocasión de hablar. Después de un trabajo de tanto tiempo es bueno encontrar interlocutores que permitan desprenderse del trabajo, por un lado, y encontrar puntos por donde continuar, por otro.

G.C.: Me llamó la atención, en el intercambio de mails antes de concretar la entrevista, que escribiste que tenías que volver a meterte en tema ¿estás alejada del libro?

G.L.: De alguna manera sí, porque cuando termino algo, me desprendo. Fueron muchos años de trabajo en los que pasé por distintos momentos. Hubo algunos en los que me sentía totalmente atorada. Trabajaba y trabajaba, avanzaba y avanzaba, encontraba nuevas vías para abordar la relación de Freud con Elfriede Hirschfeld; sin embargo, tenía una sensación de estar frente a un obstáculo infranqueable. Después de varios años me atreví a romper mis propios prejuicios y mi propia censura.

G.C.: ¿Cuál era esa censura?

G.L.: Incorporar el tema de la telepatía que había aparecido casi desde el principio, cuando empecé a trabajar el artículo de Falzeder. Acababa de salir *Juntos en la chimenea* y me invitaron a Costa Rica a presentarlo y a dar un seminario sobre el libro. No veo motivo para dar un seminario sobre algo terminado. El libro ya estaba publicado y era el momento de que fuera discutido por otros, conmigo, pero con otros... En Costa Rica decidieron hacer una presentación de *Juntos en la chimenea* y yo, para aceptar la invitación, propuse dar un seminario. En el camino encontré el artículo de Ernst Falzeder: "Mi gran paciente, mi principal tormento. Un caso de Freud hasta ahora desconocido y sus consecuencias". Me entusiasmó mucho, abordaba temas que me tocaban a mí de muy distintas maneras. Al estar preparando el seminario me topé con la carta de Freud a Ferenczi en la que relata la profecía que había recibido esta paciente y la manera en que él la analiza. Fue un hallazgo. Ya tenía avanzada la presentación, cuando apareció el tema de la telepatía, pero lo dejé de lado porque me dije: *¿qué hago con esto?, ¿cómo se come esto?* (risas). En realidad, tenía un prejuicio y yo misma me impuse una censura. Pensé que no tenía cómo abordarlo. Empecé a trabajar la cuestión de la transferencia y contratransferencia que, en este caso, es de una gran riqueza. Sin embargo, después de varios años, seguía con la sensación de estar frente a un obstáculo infranqueable. Fue entonces cuando decidí proponer un seminario en México, que no había hecho antes. Resolví abordar la cuestión de la telepatía y, con este sesgo, replantear la relación de Freud con Elfriede Hirschfeld. En la segunda o tercera sesión entré de lleno en materia, sin saber a dónde me iba a llevar. Fueron varias sesiones dedicadas a ese tema, con problemas de una gran complejidad. Sobre todo, aquellos que introduce Lacan sobre lo oculto en Freud en *Les non-dupes errent*. Al terminar el seminario sentí que había franqueado una barrera que yo misma me había impuesto... aunque, no sólo yo misma. El tema de la telepatía sigue sin resolverse en el campo del psicoanálisis. Es un viejo asunto que ha convocado a algunos psicoanalistas a intentar abordarlo más de cerca pero que pronto vuelven a desestimar. Por ejemplo, la recepción que tuvo en los Estados Unidos, en los años cincuenta, se dio en el contexto del auge de la discusión sobre la contratransferencia. Varios de los escritos de Freud sobre la telepatía se tradujeron antes de se hubiera publicado completa la *Standard Edition*. La historia en Francia fue muy distinta, y quienes se interesaron por el tema tuvieron que leer los textos de Freud en su lengua original. Fue el caso de Lacan, Derrida, Granoff y Rey. Para aproximarse a la relación de Freud con el ocultismo y la telepatía, estos

autores pusieron especial énfasis en la relación de Freud con la ciencia. En estos “ires y venires” no hemos acabado de saldar cuentas con dicha problemática. En lo que respecta al análisis de Elfriede Hirschfeld que me ocupaba, se trataba de un asunto nodal; tocaba aspectos de la especificidad de esa cura, y de cómo se entretije la censura que Freud había impuesto a la información sobre la paciente con la autocensura que él se había impuesto a sí mismo con respecto a hacer públicas sus opiniones sobre la telepatía. En la forma en la que analiza la profecía que Elfriede Hirschfeld recibe de un adivino en París, Freud encuentra los elementos para construir lo que él llama “una interpretación plena de sentido” de los fenómenos telepáticos. Esto ocurre en 1911. Sin embargo, es hasta 1921 cuando se anima a presentar a su círculo más íntimo sus opiniones, con la idea de no publicarlas. Pero parece que no fue exactamente así. Al cotejar los manuscritos de Freud con la versión publicada en las *Gesammelte Werke* y la *Standard Edition*, Ilse Grubrich-Simitis encuentra que en el *Informe preliminar* –ese era el título que Freud había dado a lo que después conocimos como: *Psicoanálisis y telepatía*– los editores habían dejado fuera un párrafo muy grande en el que se hablaba de Elfriede Hirschfeld y de la intromisión de Jung en dicho análisis. Grubrich-Simitis supone que el escrito no estaba hecho para ser guardado en un cajón, que estaba armado y listo para publicarse. En aquellos tiempos hubo una polémica entre los seguidores de Freud: unos lo alentaban a publicarlo, otros se oponían radicalmente a que esas ideas vieran la luz. Es hasta 1925 cuando Freud se anima a hacerlas públicas y acepta la veracidad de la telepatía. El último escrito es el de 1933, cuando Freud considera que se ha desembarazado de sus prejuicios al respecto. Pero estos prejuicios siguen activos en el campo del psicoanálisis; en torno a la telepatía y a lo oculto sigue operando una censura digna de tiempos de Freud. En una ocasión que tuve oportunidad de presentar avances preliminares de mi trabajo, hubo entre el público quién se levantó para interrumpir mi intervención. Se trataba de una persona a quien respeto y admiro mucho. Quería desalentarme a seguir por esa vía. Me advertía que iba a poner en riesgo el apasionante relato del *affaire* Hirschfeld si lo mezclaba con los fenómenos “ocultos”. Sentí como si me encontrara frente al Jones de la época moderna. A pesar de la buena voluntad de sus advertencias, yo no podía más que seguir por esa vía. Entre otras cosas, aportaba elementos invaluable de cómo la cura de Elfriede Hirschfeld acompaña y suscita la investigación y la construcción teórica de Freud. Esta es la historia de la elaboración de ese trabajo y de lo que me permitió, en un momento dado, sentir que estaba en posibilidades de escribirlo y publicarlo. Pero me decían que querían empezar por la tapa...

G.C.: Bueno, pero ya empezaste por ahí ¿Cuál es el peligro, entre comillas, para el psicoanálisis de ocuparse de la telepatía?

G.L.: Hay varios. Jones temía que si Freud admitía la autenticidad de la telepatía se iba a desacreditar el psicoanálisis. Freud mismo cuidaba de que no se confundiera el psicoanálisis con el ocultismo. Inclusive, él recorta dentro del amplio campo de los

fenómenos ocultos, aquellos que se adecuan a su racionalidad, aquellos que son susceptibles de una interpretación psicoanalítica. Además, el problema con el que se enfrenta es que cuando el fenómeno telepático irrumpe en el contexto analítico es difícil demarcar con precisión lo que es propiamente psicoanálisis, sobre todo si ambas prácticas tienen como interlocutor al analista. Freud proponía que tanto en la telepatía como en el psicoanálisis operaba una comunicación de inconsciente a inconsciente. Sostenía que la transferencia de pensamientos era un fenómeno real, capaz de ser acogido por la ciencia y, a la vez, tenía que dejar en claro que el analista no era un médium. Pero el punto no quedaba muy claro, sobre todo cuando Freud hacía una analogía entre el inconsciente del analista y el receptor telefónico. Una de las críticas más sólidas que recibe Freud al respecto es la de Binswanger. Para Binswanger, *más que hacer una interpretación exitosa y aprender algo nuevo del inconsciente de otro, lo interesante era plantearse el problema de qué era lo que permitía hacer una interpretación*. El problema era aclarar cómo operaba la comunicación de los inconscientes.

G.C.: Sí...

G.L.: Freud mismo se ve llevado a hacer algunas precisiones al respecto. Responde que, en realidad, no estaba hablando del inconsciente del analista, sino de su preconscious y que la comparación con el receptor telefónico sólo apuntaba a que la atención del analista debía ser igualmente receptiva a todo lo que dijera el paciente. Freud se ve afectado por el cuestionamiento de Binswanger. Cuestionamiento que introduce el problema de la implicación del analista en la transferencia. El asunto de la telepatía no tuvo una buena recepción en el campo del psicoanálisis ¿Por qué? Porque pone en cuestión y en tensión el lugar del analista: ¿el analista está en el lugar del analista o es un médium?, ¿está recibiendo por vía directa los pensamientos inconscientes del paciente sin que éstos pasen por la palabra? Era una cuestión que interesaba a Freud y que puso en marcha con su hija Anna cuando hacen aquellas célebres sesiones con Ferenczi. Freud se convence de que se produce una transferencia de pensamientos y recuerdos de fuerte intensidad afectiva. Pero, ¿qué lugar está ocupando ahí Freud?, ¿Desde dónde recibe los pensamientos de Anna? ¿Freud padre de Anna, Freud analista de Anna, Freud médium? ¿Qué pasa allí? Aquí entra también el relato de Helene Deutsch del que Freud se sirve para aceptar la veracidad de la telepatía. Estoy un poco dispersa pero trato de poner en la mesa algunos de los hilos que permitieron armar este trabajo. Por ejemplo: ¿Qué pasa con Helene Deutsch cuando cae en la cuenta de que su interés por lo que está relatando el paciente está interfiriendo en su discurso? En una sesión, el paciente habla de una amiga lejana que se iba a casar. Resulta que el personaje con el que se iba a casar dicha amiga despierta la curiosidad de Deutsch. Tengo la idea de que dicho personaje había tenido algo que ver con ella eróticamente, ¿no? Entonces, la historia que está contando despierta un vivo interés en Helene Deutsch. Ella siente que su curiosidad está afectando esa cura porque, de pronto, el paciente se dedica a

investigar qué pasa con aquella amiga lejana y con aquella relación amorosa. Y todo el análisis empieza a tratar sobre eso. Deutsch tomó nota de que la manera en que ella estaba involucrada en el asunto se había convertido en el obstáculo mayor, que estaba llevando a pique el análisis, y puede dar un paso al costado. Pero, ¿había sido una transmisión de pensamientos (como pretende Deutsch) o el paciente estaba “escrutinizando” a la analista? Cosa que hace todo paciente en todo momento del análisis. Ferenczi es muy claro en ese sentido, y lo que apunto en *Juntos en la chimenea* sobre la “escrutinización”, es muy revelador de lo que ocurre en un análisis. ¿Acaso era muy difícil que el paciente percibiera el interés de la analista en dicho personaje y actuara en consecuencia para gratificar a su analista?

Esta cuestión de la telepatía, en muchas ocasiones, descoloca al analista. Por ejemplo, una *bon mot* que está en *¿Hola Lacan? Claro que no*. Cuando llega una persona a supervisar con Lacan y le dice: *fíjese que ayer un paciente y yo tuvimos el mismo sueño; ¿y qué le dice Lacan?: Sí, pero la que soñó es ella*.

G.C.: Sí claro.

G.L.: La intervención de Lacan no cuestiona que el personaje que llegó a supervisar con él haya tenido ese sueño, pero lo que importa ahí, en el lugar del analista, es que la que soñó fue la analizante, único sujeto en juego en una cura. Encontramos tantos relatos que van en ese sentido en supervisión... Por ejemplo, cuando alguien dice: *qué barbaridad, ¿qué estará pasando? estoy preocupado por un tema y de pronto el analizante empieza a hablar de eso...* ¿En qué momento el analista se descoloca y está pensando en lo que soñó, en lo que lo preocupa, en sus propios intereses y cómo esto opera, y no de la mejor manera, para que el analista ocupe su lugar? El problema que veo con el tema de la telepatía, lo que no está muy trabajado, es: ¿qué se pone en juego? ¿qué lugar dar a esas sutilezas de la relación transferencial cuando ciertas cuestiones, que no están pasando por la palabra, se activan en un análisis? Ocurre todo el tiempo.

G.C.: Sí, de acuerdo.

G.L.: Ocurre todo el tiempo, entonces ¿estamos hablando de un fenómeno telepático o se trata de las sutilezas de la relación transferencial? Hay ahí una cuestión muy oscura que Lacan no desarrolla cabalmente. Él dice que podemos concebir que tenemos relaciones inconscientes con una persona que amamos y, siguiendo a Freud, agrega que en lo concerniente al contenido del mensaje telepático, éste tiene que ver con el deseo aunque, sin duda, el amor juega su parte. Sin embargo, luego plantea una serie de afirmaciones muy enigmáticas sobre la iniciación, las relaciona con el ocultismo y, así, introduce el tema del goce. Esto me lleva a reflexionar sobre la interpretación que hace Freud de la transferencia de pensamientos entre Elfriede Hirschfeld y el adivino. ¿En efecto, es el deseo intenso de la paciente de tener un hijo lo que ella transmite directamente al adivino, acompañándolo incluso del detalle de las cifras? Es ese deseo

intenso lo que permite que el adivino le diga: *Ud. va a tener dos hijos a los treinta y dos años.* ¿O hay algo del goce que se pone en juego de parte del adivino? Según Lacan: *el adivino es un iniciado* y en cuanto tal, *sabe, sabe* poner en acto “las técnicas del cuerpo”, *domina el saber del goce, la ciencia del goce* del cuerpo. Lacan está planteando una contradicción en los términos: ¿cómo se podría hablar de una ciencia del goce? Estas reflexiones de Lacan parecen apuntar a que, al recurrir a las técnicas del cuerpo que domina, el adivino se habría servido de su cuerpo y, de esta manera, habría convocado algo del goce del cuerpo de Elfriede Hirschfeld. Se trata de algo sumamente difícil de asir. No tenemos elementos para responder de manera contundente. Pero esa pequeña indicación de Lacan nos alerta sobre la cuestión del lugar del analista. ¿Qué pasa cuando algo del cuerpo del analista se pone en juego en un análisis a través de la mirada, de un interés particular, de una intervención y convoca así el goce del paciente? La narración de Helene Deutsch es ejemplar en este sentido. En las *bons mots* encontramos situaciones de cómo el cuerpo de Lacan podía involucrarse en un análisis a través de un gesto o una caricia. Y sólo el analizante implicado podría dar cuenta de las consecuencias de tales intervenciones. No sé si recuerdan aquella anécdota, cuando llega una analizante a control con una minifalda verdaderamente mini, después de mirarla -porque, además, estaba sentada en una silla muy bajita-, Lacan dice: *qué bonita falda*, como diciendo: *ya tomé nota, pasemos a otra cosa*.

Carlos Arévalo: Me parece que el libro da cuenta de algo de eso, en relación a cómo la paciente, al ver el interés de Freud por su sintomatología, va desplegando y va mutando y empieza a quedar atrapada en eso ¿no?

G.L.: Ella percibe ese interés desde el principio. Freud mismo lo dice: *cuando escuché su historia no la quise recibir en análisis, pero tuve la suficiente curiosidad como para empezar un análisis con ella*. La curiosidad estaba allí desde el principio. Desde ese lugar la escucha. Luego vienen los artículos que publica en 1913. La paciente los lee y, a pesar de todas las precauciones de Freud, ella no sólo se reconoce, sino que se identifica con la conceptualización que Freud hace en base a su sintomatología. Freud se había comunicado con Abraham para ver si podía atender a Elfriede Hirschfeld, porque estaba el proyecto de que ella se fuera por un tiempo a Berlín. Más adelante, Abraham, sorprendido, le escribe a Freud: *me acabo de enterar por ella que ella es “La predisposición a la neurosis obsesiva”* (risas). No me parece descabellado proponer que la curiosidad científica de Freud haya agudizado la sintomatología de Elfriede Hirschfeld. Porque si ella se sentía amada sólo como un objeto de estudio, ¿cómo no iba a seguir produciendo síntomas cada vez más intensos, cada vez más agudos, cada vez más aparatosos para llamar la atención de Freud? Cosa que logró, porque Freud estuvo pendiente de ella todo el tiempo. Él dice que ella huye de él. Hay que poner entre comillas esa famosa huida porque, en efecto, se ausenta por un período mucho más largo de lo que había sido habitual en aquellas “idas y venidas” de y hacia el consultorio de Freud. Pero le vuelve a pedir análisis en 1921 y en 1922 y Freud no la recibe. Sin

embargo, sigue indirectamente en contacto con ella a través de Binswanger, pendiente de sus tratamientos, opinando al respecto. Fue una transferencia que quedó suspendida, nunca terminó. Sigue activa en el movimiento psicoanalítico con todas las cuestiones de esa cura que han quedado sin resolver. Por eso termino el libro recordando que Freud había escrito: *nunca acabaré de contar su historia*. Nunca acabó de contar su historia, y yo, de alguna manera, dejo constancia de que, a pesar de todas las vetas que se abrieron, de todas las enseñanzas que derivé de este trabajo, no puedo considerar que están saldadas. Quedan abiertas para mí y para el que se sienta convocado a incursionar en ellas.

G.C.: En la frase final de tu libro, la que vos mencionas, que dice: *nunca acabaré de contar su historia*, las palabras de Freud ¿esas palabras en alemán, tienen la ambigüedad que tienen en castellano?, ¿ese *su* historia? Porque leído en castellano no se sabe la historia de quién.

G.L.: Tiene que ver con el contexto. Aparece en una carta que escribe a Binswanger. No tuve acceso a los intercambios con Binswanger en alemán; los leí en francés y en inglés, pero el contexto es bastante claro. Se trata de una carta muy larga de Freud. Elfriede Hirschfeld se había puesto en contacto con Binswanger para explorar las posibilidades de internarse en su clínica, pero le pide que antes de hacerlo él hable con Freud. En su respuesta, Freud hace un largo recuento, creo que es el más largo y más detallado que existe sobre la experiencia analítica de Freud con Elfriede Hirschfeld: le cuenta sobre su sintomatología, sobre las interpretaciones que él ha hecho, sobre los artículos que ha escrito basados en su cura, sobre el interés que ha tenido en ella, los esfuerzos para curarla; le pide que la reciba, le advierte cuál es el papel que él está llamado a jugar. Hablando y hablando dice: *uno nunca acabará de contar su historia...*

G.C.: Ajá

G.L.: ...la de ella; Freud mismo nunca acabó de contar esa historia. Esto ocurre en 1915 y, en 1927, sigue preocupado por ella, por el fracaso de ese análisis y preocupado por la cuestión de la telepatía. Esto aparece en un recuento que hace Binswanger del último encuentro que tuvo con Freud. Fue el último escrito que encontré con referencias a Elfriede Hirschfeld. Todavía en 1927, el tema Hirschfeld sigue activo. Pero ese *su* que mencionas es interesante porque, estrictamente hablando, ¿Freud cuenta la historia de ella o la de él con ella?

G.C.: Sí, claro.

G.L.: Creo que esa es otra de las cosas que queda clara en el libro; no tenemos un solo elemento discursivo que provenga directamente de Elfriede Hirschfeld. Siempre se trata de Freud elaborando teorías a partir de la sintomatología de esta paciente. Freud

debatendo con sus interlocutores sobre distintos aspectos que lo atormentan de esta experiencia analítica. En fin, es Freud, pero en función de lo que la paciente suscitó en él. Es de destacarse la manera en la que Freud se las arregla teóricamente con lo que no encaja en sus teorías previas. Por ejemplo, Freud diagnostica a Elfriede Hirschfeld como una neurosis obsesiva de las más graves y cuando escribe su artículo *La predisposición a la neurosis obsesiva*, no pone en cuestión el diagnóstico. A pesar de que en momentos habla de histeria, a veces de fobia, a pesar de que Bleuler propone el diagnóstico de una esquizofrenia inminente, Freud está convencido de que se trata de una neurosis obsesiva. Sin embargo, cuando escribe ese artículo, puede leerse hasta qué punto su diagnóstico tropieza: por ejemplo, las fases de desarrollo libidinal de la paciente no se ajustan a los cánones dictados por él mismo con respecto a la neurosis obsesiva; califica de “insólito” el período de latencia que transcurrió hasta que volvieron a aparecer los síntomas. ¿Cómo resuelve el problema? Inventando un *pequeño fragmento de teoría*: introduce el estadio anal-sádico, que estaba ausente en los *Tres ensayos de teoría sexual* de 1911. Inventa teorías para resolver los problemas que le presenta ese análisis. Es fascinante, aunque... no se las arregla de igual manera con la cuestión transferencial. La cuestión transferencial “hace agua” por todos lados. No puede con las demandas “insaciables”, “desmesuradas”, “irracionales” de Elfriede Hirschfeld. Su racionalidad choca con la irracionalidad de las respuestas de la paciente y elabora un escrito teórico tratando de dar cuenta de eso. Es particularmente relevante el momento en el que, en vez de hablar de la perplejidad del analista -que es de lo que se trata en *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia-*, deja de lado al analista y habla de las resistencias del paciente. Como si el problema a resolver fueran las resistencias del paciente y no la manera en que el analista puede arreglárselas cuando queda en un *impasse*: no puede dar señales de amor, pero tampoco puede no darlas. Es apasionante ver la tensión que existe en Freud entre su elaboración teórica y su confrontación con la cuestión transferencial.

GC: Esos dos *puede* de tu frase, *el analista no puede dar señales de amor y no puede no darlas*, ¿no son iguales esos *no puede*!

GL: Claro que no. No son iguales, ahí está el problema. No se trata sólo de no dar señales de amor. Tampoco de lo contrario. Freud dice que si el analista domina su contratransferencia -esto lo dice en una de las reuniones de los miércoles-, queda en el lugar de un “objeto perfectamente frío” al que la paciente cortejará con amor. En teoría él tiene muy claro el modelo de la relación analítica: de un lado está el analista que es el objeto frío y, del otro, la paciente enamorada. Es el modelo clásico del *erastés* y del *erómenos*. Pero, ¿qué pasa con la transferencia? En el momento en el que Freud recibe a Elfriede Hirschfeld, él la coloca como objeto de estudio, la está colocando en el lugar de objeto, al mismo tiempo que ella lo coloca a él en el lugar de objeto amado. Ella cumple a cabalidad su papel de paciente enamorada, lo corteja, lo cela, se va, regresa. Se sacrifica por la ciencia, y ¿qué hace Freud? No permanece como ese objeto frío, como

él recomendaba. Da algo a cambio: el saber que construyó con ella y para ella, pero también para la construcción de sus teorías psicoanalíticas. Freud va en contra de lo que él mismo propone cuando asegura que *no se puede responder al amor con subrogados porque cualquier cosa que dé el analista va a ser eso: un subrogado*. Entonces, ¿cómo responder a la demanda de amor? Ahí está el problema: ¿los lugares del objeto, el de amado y el del amante, están definidos con tanta nitidez en una situación transferencial? Ahí tenemos lo que ocurre con Lucia Tower que relato en *Juntos en la chimenea*. En un momento dado, ella se “abaja” y juega el papel de una esposa enojada, de una *partenaire* femenina, furiosa porque el otro la ha engañado. Pareciera que hay una inversión de lugares, pero no hay tal. Ella sólo está jugando un papel, aunque no se dé cuenta de ello. Eso permite que el análisis fluya. Ella no sigue una prescripción del estilo: *¡no debo de dar señales!* Es lo que trabaja Lacan en el seminario sobre *La angustia*. El objeto enquistado en el analista o el objeto circulando en el espacio analítico. Si no está enquistado en el analista puede colocarse del lado del paciente. Los lugares de amado y amante no están definidos de forma tan rígida. Permite una especie de ballet que da al análisis su complejidad, sus matices y su gran riqueza. Lo que permite problematizar la cuestión del lugar del analista: es un tema que me toca, me interesa desde que empecé a incursionar en el campo del psicoanálisis.

G.C.: ¿Dirías que hay una dimensión de puesta en escena en un análisis, hasta teatral, se podría decir?

G.L.: En muchos momentos, sí, claro. Sobre todo en la medida en que el analista no es una persona, no es un sujeto, pero su cuerpo está ahí: ese es el gran problema de la erótica analítica. Es lo que yo entiendo que llama a Allouch a plantear el psicoanálisis como un ejercicio espiritual. El cuerpo del analista está presente, actuando, sometido a las demandas y solicitudes eróticas del analizante desde el momento en que lo convoca a decir cualquier cosa que le pase por la cabeza. Entonces ¿cómo opera ese cuerpo sin estar regido por su propio goce? Una de las grandes enseñanzas para mí de *Juntos en la chimenea* es la forma en que Lucia Tower, sin saber lo que hace -porque ella no se propone representar un papel-, juega el papel de *partenaire* femenina y eso tiene efectos. Ferenczi lo formula explícitamente cuando dice: *en todo análisis llevado en regla, el analista asume distintos papeles para el inconsciente del paciente* y es cuestión de, digamos... saberlos jugar y, en un momento dado, asumir las consecuencias eróticas que derivan de ahí. Porque representar esos papeles tiene consecuencias eróticas. Lo dice Ferenczi cuando propone regular la temperatura del amor transferencial. *Ante una transferencia muy fogosa, muy impetuosa, el analista debe hacerse un poco reservado; con los tímidos, en cambio, debe estrechar la relación*. Se trata de establecer “la temperatura óptima” que permita que el análisis se despliegue. Hay una plasticidad en el espacio analítico.

Marcelo Novas.: A partir de esto último que decías, me quedé pensando en las diferencias de las posiciones de Lucia Tower -en esto de que *sin saberlo interviene*- y lo que había sido la posición de Helene Deutsch que, de alguna manera, no sé si decir voluntariamente o conscientemente, decide retirar su interés para no seguir obstaculizando el análisis.

G.L.: Sí, hay una diferencia muy importante. Lucia Tower da un viraje en el contexto de una situación que resulta un tanto insoportable. Ella está siendo “escrutinizada” por el paciente y tiene la sensación de que él la está *despedazando célula por célula*, como si fuera contra ella. En un momento dado, ella reformula el problema y dice: *no, no es contra mí, se trata de que yo esté ahí y aguante este escrutinio incómodo el tiempo que sea necesario. Que yo sea un soporte para que el paciente no se desmorone en pedacitos*. Ella estaba en el lugar de ese objeto “escrutinizado”, como si el paciente la quisiera romper a ella en pedacitos. Puede dar un pequeño paso al costado que permite que el escrutinio siga, sabiendo que no es contra ella. *Sabiendo* es mucho decir, realmente es muy complicado hablar de esto. Hay algo que ella percibe y sólo después, *après-coup*, cuando escribe el artículo, intenta dar cuenta de lo que pasó. Hay una palabra que encontré cuando revisé las tres versiones de su escrito que me parece el punto de mayor sutileza de Tower como analista. En la primera y segunda versión habla de *discomfit*, que quiere decir derrotar, desconcertar, deshacer y, en la última versión, la publicada, habla de *discomfort*. Es muy diferente que ella sienta que el paciente la está derrotando, deshaciendo, que la está partiendo en pedacitos, a percatarse de que, estrictamente hablando, la está sometiendo a un escrutinio incómodo. El asunto del escrutinio se desata después de que ella tiene un sueño que, entre otras cosas, le indica que es momento de considerar la escena conyugal desde la perspectiva de la esposa del paciente. Cae en la cuenta de que el paciente la ha estado engañando, y le reprocha la forma exagerada y prolongada de presentar sus problemas conyugales. En ese momento es cuando está representando un papel. El escrutinio viene después, es una consecuencia erótica del papel que ella está representando. Me sirvo de las palabras que utiliza Lacan en la sesión del 27 de mayo de 1963 para identificartres momentos que marcan ese análisis “exitoso”. En el caso de Deutsch no es exactamente igual, pero también tiene que ver con algo que ella percibe y que luego trata de explicarse. Entonces, ¿hasta dónde Helene Deutsch tomó nota de lo que pasó en ese análisis y qué hizo con eso? Ella dice: *pude salvar ese análisis sólo en el momento en que suspendí mi curiosidad*. Creo que hay ocasiones en las que, sin saber muy bien lo que está sucediendo, uno percibe cierta incomodidad y puede ser que esa incomodidad la está introduciendo uno mismo. Tower se sentía la depositaria de la agresión de un escrutinio y eso la hacía sentirse muy incómoda. En el caso de Deutsch, el obstáculo lo estaba poniendo ella con su curiosidad. Esa es la cuestión que trabaja Lacan en el Seminario sobre *La angustia*. Para ponerlo en términos muy sencillos, podemos decir que de lo que se trata es de si el analista se erige o no en un obstáculo para el análisis. Si, por un lado, el analizante tiene que pasar por otro para pasar a otra cosa, ¿en qué momento ese otro se puede convertir

en un obstáculo?, y ¿cómo puede no serlo? Son preguntas que no se pueden responder *a priori*, se juegan en cada análisis y en cada momento del análisis. ¿En qué momento uno es capturado por algo del discurso o de la presencia de un analizante se descoloca? Como le sucedió a Deutsch. Esto nos lleva a la cuestión del saber.

G.C.: Pero también un analizante percibe que el analista no está en un buen lugar. Me hiciste acordar de algo que está en alguno de los libros de Allouch, donde dice que él habla demasiado en una sesión y a la sesión siguiente su analizante trae un sueño con un cuadro de un hospital donde hay una enfermera con el dedo en la boca pidiendo *silencio*. (Risas)

G.L.: Son las sutilezas del análisis, a veces uno se descoloca. Muchas veces el analizante permite, si el analista está atento, volver a poner la situación en su lugar. Hay una parte muy activa del analizante que permite al analista recolocarse después de una intervención fallida o de la falta de una intervención oportuna.

G.C.: A mí me impactó mucho que en la página 100 se encuentra un subtítulo, dice que hay *dos fórmulas para no volverse loco*. Es decir, que la cuestión es, quizás, cómo soportar la locura en la que uno se ve envuelto en cada análisis.

G.L.: Este subtítulo viene del intercambio que tienen Freud y Jung; se trata de la única vez que discutieron sobre la contratransferencia, y discutieron en función de cómo cada uno de ellos se enredó eróticamente con las demandas de Elfriede Hirschfeld. Freud dice: *hay que mantenerse inaccesible sin comprometer la receptividad*. Inmediatamente después agrega: *¡no permitamos que nuestros neuróticos nos vuelvan locos!* Elfriede Hirschfeld lo estaba volviendo loco. ¿Y qué le contesta Jung? Jung dice que a él la contratransferencia no le importa, que él cede ante sus fantasías como forma de experimento. Finalmente, apela a la libertad del analista, dice que la única manera de no volverse loco es ser libre. Una libertad a la que accederá después el paciente. ¿Qué es lo que Jung entiende por libertad? (Risas). Eso es lo que hay que ver, porque, dicho así, podríamos todos suscribirlo, podríamos pensar que es lo que Allouch está elaborando ahora, la libertad del analista. Pero, ¿de qué está hablando Jung cuando habla de esto? Según él, de dar rienda suelta a sus fantasías y experimentarlas en el análisis. Esa es la libertad a la que él está aludiendo. Freud convocaba a los analistas de esa época a experimentar, a profundizar en su autoanálisis a medida que hacían sus experiencias con los pacientes. Es el momento en que se está inventando el psicoanálisis. Parecería que Jung sigue a pie juntillas la indicación de Freud. Pero Freud queda muy sorprendido con la forma en que sus seguidores experimentaban en el análisis (risas). Convertir los divanes en camas es el pan nuestro de cada día. Es de una gran actualidad. La respuesta no es mantenerse inaccesible, y tenemos un siglo de reflexiones sobre esta cuestión. ¿Qué pasa con el analista cuando está recibiendo las demandas eróticas del paciente? Su respuesta no puede provenir de un precepto moral, sino de cómo está colocado, de cuál

es su disposición erótica. En este sentido, el *Cármides* de Platón permite pensar esta situación. Sócrates regresa de la batalla de Potidea y quiere saber cómo anda la filosofía, y cómo andan los jóvenes. Critias, que viene con él, le dice que *hay uno que se distingue por ser el más bello, que todos están enamorados de él: Cármides*. Cuando aparece Cármides, y Sócrates lo tiene cerca, no sólo se queda asombrado con su belleza, sino que *se inflama, queda fuera de sí*. Critias había inventado una pequeña treta para ponerlos en contacto: le había comentado que ese muchacho sufría de dolores de cabeza. Y le propone: *tú dile que tienes un remedio para curar el dolor de cabeza*. De esa manera, podría iniciarse el cortejo. Sin embargo, cuando Cármides formula la demanda y Sócrates la acepta, la disposición erótica de Sócrates cambia y dice: *sí, yo sé cómo curar el dolor de cabeza, tengo unos remedios pero, además, hay que someterse a un ensalmo*. Hay que leer ese *Diálogo* para ver las sutilezas que se ponen en juego en ese cambio de posición de Sócrates. Pero lo que me interesa destacar ahora es que Sócrates acepta hacerse pasar por médico, no para llevarse a Cármides a la cama sino para poner en marcha el método socrático que permitirá descubrir si el alma del joven es tan bella como su cuerpo. Algo de lo que ahí ocurre puede permitirnos reflexionar sobre la disposición erótica del analista cuando acepta la demanda de análisis de un paciente. Por ejemplo, el pequeño viraje de Lucia Tower revela un cambio en su disposición erótica. Ese cambio, casi imperceptible, modifica la erótica en juego y el análisis puede continuar. Con Helene Deustch pasa algo similar cuando ella logra *suspender su curiosidad*. Su disposición erótica cambia, y cuando cambia en el analista, el análisis circula de otra manera, fluye de otra manera.

G.C.: Se me ocurre que también es otra, no sé cómo decirlo, es como ubicarse de otra manera en relación al lenguaje, a los decires de un analizante, no quedarse solamente en atender a determinadas partes del discurso.

G.L.: ¿Por ejemplo?

G.C.: En el caso de Helene Deustch, por ejemplo, que en un momento solamente puede escuchar lo que se refiere a esa persona en la que está interesada, sería como que cualquier cosa de lo que alguien dice pueda sorprender o no.

G. L.: En efecto, ella no está siguiendo la regla de la “atención flotante”.

G.C.: Sí, eso, exactamente.

G.L.: Cosa que Freud tampoco hacía. ¿Qué es lo que Freud está escuchando?, ¿qué es lo que quiere escuchar? y ¿qué es lo que está provocando, como respuesta de la paciente, con eso que quiere escuchar? Hablábamos de eso hace un rato: la agudización de los síntomas de Elfriede Hirschfeld como respuesta a la curiosidad científica de Freud. Entonces, ¿cómo puede uno mantenerse en una atención flotante? que es una traducción

equivocada. No es una atención flotante, es una atención -esto lo tuve que buscar algún día en alemán- es una atención igualmente flotante, o igualmente... por ahí lo tengo en el libro...

G.C.: Creo que es *parejamente flotante*.

G.L.: Sí, *parejamente*, o más bien, *igualmente repartida*; lo que quiere decir no privilegiar nada, no poner atención en algo en particular, y poder dar el mismo peso a todo lo que venga del analizante.

C.A.: Pero, en el mismo momento que propone en *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico* -creo que es ahí-, Freud plantea la atención flotante y la asociación libre, también plantea un período de diagnóstico, en esto que a él lo atrapa del saber y de querer ver cuál es la nosografía de su paciente y entrar en esa discusión. Él, al principio, intenta hacer un diagnóstico. Entonces, propone las dos reglas más importantes, pero también lo atraviesa esta cuestión del saber y de querer capturar algo que dé cuenta de que a él lo pueda hacer participar en estas discusiones de nosografía ¿no?

G.L.: Eso está desde el momento en que él inventa la regla fundamental. Si recuerdan en los *Estudios sobre la histeria*, cuando Katharina dice: *¡ay, si yo supiera lo que me pasa!* Y Freud se responde a sí mismo: *yo tampoco lo sabía, pero la convoqué a decir todo lo que le pasara por la cabeza, con la convicción cierta de que en algún momento dado ella iba a decir lo que me hacía falta para aclarar el caso*. Lo que le hacía falta -a Freud- para aclarar el caso. Las consecuencias de semejante escucha son ejemplares en la cura de Elfriede Hirschfeld. Freud inventa la asociación libre con la convicción de que de ahí va a surgir aquello que le va a permitir construir el saber sobre el caso, el diagnóstico y la cura que vendría a continuación. Con Elfriede Hirschfeld, Freud creía haber alcanzado un saber, la verdad del síntoma de la paciente, y estaba convencido de que el resto del análisis debía consistir en que ella aceptara esa verdad que él había construido. Para Freud se trataba de una verdad incuestionable. Lo que sí es incuestionable es la valiosa herencia que Freud nos deja con esos *Consejos al médico*. Lacan introduce en *Les non-dupes errent* algo muy interesante sobre la atención flotante y la intervención del analista, él señala: *el analista no interviene porque comprende algo, sino porque algo del discurso del paciente lo toca*. Observen la dificultad. Lacan dice: *El analizante emite un pensamiento y el analista puede tener otro muy distinto, sin embargo, de pronto, como un relámpago, se produce la interpretación. Gracias a la atención flotante, el analista escucha algo, a veces debido a un equívoco, porque escucha de soslayo*. El analista sufre, padece -*subit* dice en francés- lo que dice el analizante. Si ustedes se dan cuenta, no tiene que ver con el saber. No interviene desde el saber. En esto Lacan es contundente desde el principio. Es importante dar al saber que se produce en psicoanálisis su estatuto. Freud hablaba de *la ciencia puramente*

empírica del psicoanálisis. Agradeció que el psicoanálisis tuviera un costado terapéutico porque eso permitía que algunos se prestaran para la experiencia; era la materia prima para construir sus teorías. Y Lacan no niega la importancia de ese saber. No partimos de un saber preconstruido, preconcebido; vamos construyendo un saber, pero, no es con ese saber con el que operamos. Entonces surge un problema muy fuerte que tanto Freud como Lacan mencionan. En los *Consejos al médico*, Freud escribe: *tienen que olvidar lo que saben y tomar cada caso como si fuera el primero*. Lacan reformula este consejo y propone que: *hay que saber olvidar*. Hay una cuestión activa, muy enigmática, saber olvidar lo que uno sabe. Se trata de que el saber no sea el obstáculo, porque entonces determina la escucha.

C.A.: Sí. Eso es lo que, en algún punto, Lacan dice: *el saber demasiado pone en riesgo, ¿no?*

G.L.: El saber demasiado... Más bien, depende lo que se haga con ese saber. La cuestión es, justamente, lo que dice Lacan: saber olvidar. No se trata de enseñar el saber que se produce con la experiencia analítica. El problema es cómo no operar con él en la práctica. ¿Qué es lo que debe saber el analista? Saber olvidar lo que sabe. Y ahí es donde aparece el asunto del analista sin recursos, *a-póros*, con el único recurso que sería el de ser el sostén de la transferencia.

C.A.: Es muy interesante; sí, a mí me gustó esa parte del libro, me pareció muy interesante el giro. El giro que hace en la lectura de la situación del nacimiento de Eros, cómo va trabajando las palabras, y el giro que hace cuando termina en la formulación de: *¿acaso el amor de transferencia no requiere que como Poros embriagado el analista esté con todos sus recursos suspendidos, salvo uno. El de ser soporte de la transferencia manteniéndose a-póros?*. Me pareció muy interesante el planteo por el giro que hace en relación a la lectura de Lacan y cómo usted lo lleva a dimensionar en esas distintas posiciones que se juegan en el análisis ¿no? ¿Qué trae cada uno a jugar ahí?, en ese momento de inauguración también, ¿no?

G.L.: Es de lo que venimos hablando. Freud está ahí, con su pasión, porque es una pasión la de construir el psicoanálisis, construir la teoría psicoanalítica, construir ese saber psicoanalítico que debería tener el estatuto de ciencia. Y, además, con la convicción de que era ese saber el que iba a permitir que los pacientes se desembarazaran de sus síntomas. Él estaba convencido de que el día que Elfriede Hirschfeld aceptara las causas de su enfermedad -querer que el marido se muriera porque no le había podido dar los hijos que ella deseaba- en ese momento sus síntomas desaparecerían. Y cuando ella se va, le da una lección: no se trataba de eso; él no podía responder a su demanda de amor con un saber. Pero, para Freud era imposible responder de otra manera. Ahora estamos en otro momento, sobre todo, gracias a Lacan. Y, sin embargo, los riesgos que corrió Freud, y aquellos que, junto con él, inventaron el

psicoanálisis, siguen activos, siguen presentes y ahí es donde encuentro la gran actualidad de volver a esas experiencias pioneras. La formulación suena muy bien: *mantenerse con todos sus recursos suspendidos, a-póros*, pero ¿cómo se lleva a la práctica? En cada uno de los análisis, en cada uno de los momentos del análisis, ¿cómo puede uno estar realmente ahí con la disposición erótica que se requiere para eso? No hay manera de preverlo, no hay manera de prepararlo, de anticiparse. Por supuesto, está el análisis de cada uno. También, el trabajo que hacemos con este tipo de reflexiones y discusiones; algo pueden contribuir, pero nada garantiza que sea posible siempre y en todo momento.

G.C.: En ese sentido te decía, Gloria, que tus trabajos me han ayudado muchísimo con esto de ser “escrutinado”. Efectivamente, uno se ve, muchas veces, en esa posición de ser tremendamente investigado en cada cosa que dice, que hace, cada gesto y creo que hay quienes tienen una especialidad en percibir signos, pequeños signos que a uno lo sorprenden. Como si algo muy fino se pudiera percibir, de lo que a un analista le está pasando en tanto persona.

G.L.: Sí, es muy fuerte. Ocurre todo el tiempo. No me acuerdo quién, algún psicoanalista francés, decía que un analista busca supervisión o control en el momento en el que siente que está siendo colocado en el lugar de objeto *a* (risas). Entonces, sí, es muy revelador. Es de lo que hemos hablado de Tower. ¿Qué pasó con ella en aquel momento en el que está colocada en ese lugar y qué es lo que le permite dar ese pequeño paso al costado? El escrutinio toca ese punto.

G.C.: Me recordaba, creo que es en el seminario sobre *la Transferencia*, donde Lacan habla, sobre el final, de la cuestión de la destrucción del objeto. No recuerdo textualmente, mi pregunta es: ¿sería posible algo de la destrucción de ese objeto si tal objeto no fuera escrutinado?

G.L.: Sí, al final del seminario sobre *La transferencia*, Lacan aborda el problema de la interrogación del objeto. La cuestión es hasta dónde el objeto podría soportar esa interrogación. Y en esa línea la pregunta se confundiría con la destrucción del objeto. En aquella ocasión, Lacan convierte al sadismo en el eje del cuestionamiento del objeto. El asunto de la “escrutinización” aparece en el seminario sobre *La angustia* y ahí el eje de la reflexión de Lacan se ha modificado. Después de inventar el objeto *a*, la cuestión analítica crucial que aparece es que, o bien el analista es la sede del objeto parcial o bien el análisis es el espacio donde yace (y por lo tanto puede circular) dicho objeto parcial. El movimiento de Tower, cuando se siente “escrutinizada” por su paciente, permite que ella no sea la sede del objeto parcial y, de esa manera, el paciente puede buscar en ella la falta que ella sabía que no tenía. Para Lacan era de eso de lo que se trataba con la “escrutinización”. Que el paciente se diera cuenta de que no había nada que encontrar. Sin embargo, si ustedes se acuerdan, antes de formularlo tan claramente, antes de

inventar un neologismo con base en el escrutinio al que estaba siendo sometida Tower – me refiero a *scrutiniséé*, palabra que no existe en francés-, para dar cuenta de la especificidad de la búsqueda del paciente, Lacan había empezado a trabajar ese “caso exitoso”. En aquella ocasión, la referencia al escrutinio estaba ausente; Lacan intentaba analizar lo que ocurría en ese momento del análisis en base al *sadismo desenfrenado del paciente*.

G.C.: ¿Quizá lo que se destruye es una idea de un poseedor del objeto?

G.L.: Sí, que el objeto esté enquistado en el analista, que él sea la sede del objeto. Por ejemplo, en el caso de la joven homosexual, como lo trabaja Lacan en el seminario sobre *La angustia*. Lacan elige este caso para hacer valer la función del objeto *a* en la transferencia.

G.C.: Curiosamente es otro caso donde no está la palabra de la paciente, como en el caso de Elfriede Hirschfeld. Hay una sola palabra de la joven, el resto son todas palabras de Freud.

G.L.: Bueno, eso es lo que nos lleva a la cuestión de los casos. Ocurre en todas las fabricaciones de casos pero, para mí, fue muy revelador en este último trabajo. Nunca lo había podido detectar de forma tan nítida. No se trataba del caso de Elfriede Hirschfeld, esto es un invento de Falzeder. En primer lugar, Freud no elabora el caso, destruye un ensayo que hizo sobre ella y su enfermedad. En todas las fuentes citadas por Falzeder se trata de Freud elaborando sobre la paciente, sobre su sintomatología, teorizando al respecto y polemizando sobre las distintas cuestiones que esta paciente suscita en él. Esto me llevó a ver con claridad que siempre se trata de quien está fabricando el caso. ¿Quién escoge el material?, ¿cómo lo organiza?, ¿qué matiz le imprime?, ¿qué tono le da?, ¿qué deja afuera?, ¿qué problemas se plantea?, ¿qué respuestas busca?

G.C.: Que inventa incluso.

G.L.: ¿De quién se está hablando sino de quien está trabajando con el material? Por eso es tan cuestionable la propuesta, que viene desde Freud, que ha seguido en la IPA y que sigue como modelo en casi todas las escuelas o asociaciones de psicoanálisis, de dar cuenta de la experiencia analítica a partir de la propia práctica. Para empezar, de quien se está hablando es del analista y, por si esto fuera poco, esta forma de presentación tiene efectos en el analizante en cuestión. La historia del psicoanálisis revela esto con claridad. Allouch es radical en torno a este asunto. Plantea que cuando el analista habla con quien sea de su práctica, ya no está en el lugar de analista. En este sentido, *el analista es una tumba*. Además, si habla con la panadera, con la almohada e incluso con un colega, de su práctica, es una intervención en la transferencia. No es ajeno a la transferencia. Esto es importantísimo. Entonces, ¿cómo hablar de la práctica? Lacan nos

da una lección: a través de un rodeo. Tenemos necesidad de hablar de la práctica, y podemos hacerlo a través de un rodeo. Es lo que intento hacer para abordar cuestiones de la práctica.

C.A.: Ahí me surgía una pregunta. ¿Las cuestiones son previas al tema que toma para trabajar o es tomada por un tema donde después se despliegan?, ¿qué rodeos se anexan?

G.L.: Por lo menos, hasta ahora, no he escogido previamente los temas ni las situaciones históricas para elaborar sobre ellas. Siempre he sido tomada por algo que tiene que ver con mi práctica. En el caso de *Juntos en la chimenea* fue así. Todo empezó cuando me topé con una palabra al leerla sesión del 27 de mayo del '63. Se trataba de la palabra *stoop*. Ahí empezó el recorrido. Me fui a leer el artículo de Tower, y resultó que ella no hablaba de *stoop* sino de *bend*, y traté de responderme por qué Lacan introducía el *stoop*. *Freud atormentado* empezó con una frase de Freud: *el analista debe mantenerse inaccesible, sin comprometer la receptividad*. La encontré cuando estaba redactando las conclusiones de *Juntos en la chimenea* y me venía como anillo al dedo para contraponer a Freud con Tower. La puse en las conclusiones, pero la frase me siguió dando vueltas. Me preguntaba, ¿qué quiere decir Freud cuando afirma que la receptividad del analista no queda comprometida si el analista se mantiene eróticamente inaccesible? Fue hasta que leí el artículo de Falzeder que localicé que Freud había proferido esa frase en respuesta a Jung. Tenía que ver con la manera en que Jung se había comportado con Elfriede Hirschfeld cuando ella lo va a visitar a Zúrich. Era una indicación a Jung. Parte importante de la discusión sobre la contratransferencia, que es parca en Freud, está en esa carta, en ese intercambio con Jung. No podía dejar de lado lo que se había puesto en marcha para Freud con esta paciente. Nunca sé de antemano lo que voy a trabajar. Cuando empecé estos dos trabajos no tenía la idea de escribir un libro. Empecé por un detalle que, de pronto, me despertó, me llamó fuertemente la atención. Así me he dado cuenta de la riqueza que tiene explorar críticamente ciertas experiencias pioneras. Ha sido la manera de poner en cuestión mi propia práctica.

C.A.: Me pareció interesante, los nombres que va usando Freud, dependiendo de con quién hablara, Frau C, Frau H, Frau G...

G.L.: No, no, no, eso no viene de Freud. Fue obra de los editores de las variadas correspondencias de Freud que siguieron su indicación de disfrazar la información para proteger la identidad de los pacientes. Falzeder hace un cruce con la información proveniente de las distintas correspondencias. Ahí está la clave de su hallazgo que es de una gran pertinencia. Porque, por ejemplo, si uno está leyendo los intercambios con Jung, se encuentra con una tal *Frau C*, y si luego uno trabaja los intercambios con Binswanger, aparece una tal *Frau Gi*. Uno lee desordenadamente las correspondencias y no repara en que en ambos casos se trata de la misma paciente. En las cartas a Binswanger está aquella de Freud que les comenté. Una carta larga, muy detallada, que,

probablemente, fue la que desencadenó todo. Los editores ponen una nota a pie de página dando algunos elementos que pudieron entrecruzar con los artículos de Freud. Luego viene Ilse Grubrich-Simitis que hace un trabajo estupendo. Cuenta con el trabajo de los editores de la correspondencia con Binswanger para trabajar aquel párrafo excluido de *Psicoanálisis y telepatía*. Como en ese párrafo se trataba de Jung, revisa la correspondencia Freud-Jung y hace otros cruces. Encuentra un contexto más amplio que le permite hacer un retrato más acabado de la paciente. Después viene Falzeder que había sido coeditor de los intercambios epistolares con Ferenczi y editor de la correspondencia completa con Abraham. En ésta encuentra a una tal *Frau A*. Aparecen otras coincidencias y, finalmente, descubre la identidad de la paciente.

G.C.: Bueno. ¡Nos quedamos sin preguntas, Gloria! (Risas) ¡Al menos para ti! (más risas).

C.A.: ¡Bueno!

G.L.: Muchísimas gracias.

G.C.: Muchísimas gracias a ti por tu tiempo. Un abrazo grande.

Entrevista realizada el 5 de agosto de 2017 por Carlos Arévalo, Gustavo Castellano y Marcelo Novas. Revisión: Virginia Mórtola